

Adelmo José Da Silva

*La ética de la apertura en el pensamiento
de Gabriel Marcel y Henri Bergson*

Adelmo José Da Silva

Universidad Federal de São João Del-Rei, Brasil

adelmojs@ufsj.edu.br

Resumen: A pesar de que Gabriel Marcel y Henri Bergson no elaboraron propiamente un sistema filosófico y tampoco declararon ser parte de ninguno, a través de sus reflexiones filosóficas podemos reconocerlos como miembros de un modo único de corriente humanista. En general es posible verificar en las ideas de estos dos filósofos una reflexión que se vuelve hacia la preocupación por la interpersonalidad y la apertura. En un momento en que hay un despertar a la necesidad de una reflexión que conduce a una forma de valoración del otro, a través de una visión humanista Bergson y Marcel son recordados como los pensadores capaces de plantear esta discusión sobre la mencionada necesidad. Para ellos, la experiencia fundamental de nuestra existencia es el encuentro del yo con el tú, especialmente cuando esta experiencia permite superar todo lo que posiblemente puede ser sinónimo de destrucción y depreciación del tú. En este sentido, el humanismo de Gabriel Marcel y Henri Bergson apela a una ética de la apertura.

Palabras clave: Apertura, humanismo, interpersonalidad.



Abstract: Although Gabriel Marcel and Henri Bergson had not developed a philosophical system, properly, nor have they declared being part of this kind of system through their philosophical reflections. We can consider them as members of a original modality of the humanistic philosophical current. We can identify in their set of ideas a reflection focused on concerns about interpersonality and an openness about these ideas. Marcel and Bergson were reminded as thinkers who were capable of stimulating the need of a reflection that leads to a way of appreciation of another through a humanistic view. To them, the fundamental experience of our existence is the encounter of the “I” with the “you”, mainly when this experience enables the overcoming of everything that, eventually, may be synonymous of extermination and depreciation of the “you”. In this sense, the Gabriel Marcel and Henri Bergson’s humanism calls to a ethic of openness.

Keywords: Opening, Humanism, Interpersonality.

Gabriel Marcel es señalado por los estudiosos como el pensador responsable de introducir el término existencial y de enunciados existenciales en la literatura francesa y, en consecuencia, como el iniciador del movimiento existencialista en Francia. El filósofo desarrolla una profunda meditación sobre la cuestión de la trascendencia del "Tú absoluto", la forma de cómo acercarse a Dios a través del postulado de la fe, la relación interpersonal con lo trascendente, etc. Pero es cuando se presenta su reflexión sobre la existencia, que para él conlleva los aspectos de concreción, singularidad y subjetividad, cuando más evidente se hace su preocupación filosófica con la existencia. Mi existencia subjetiva, concreta y singular siempre es vista en relación con la alteridad.

De este modo se determina la existencia en oposición al idealismo no teniendo ningún tipo de vínculo con la idea conceptual, sino que, por el contrario, la existencia se afirma a través de lo que Marcel llama la experiencia sensible del cuerpo:

Decir que una cosa existe, es afirmar que no solo puede pertenecer al mismo sistema que mi cuerpo (que está conectado a él por ciertas relaciones determinadas racionalmente) es decir que de alguna manera está conectado conmigo como mi cuerpo.

La encarnación, como dato central de la metafísica. La encarnación, una situación que se presenta como conectada a un cuerpo. Dato no transparente a sí mismo: oposición al cogito. Este cuerpo no se puede decir que no soy yo, ni que él pueda ser yo, y tampoco lo es para mí (MARCEL, 1935, p. 11-2).

La existencia es el apoyo y la base para el “Tú absoluto”. Esto significa que para él no hay ninguna posibilidad de imaginar una existencia sin esta relación con el ser absoluto. La existencia humana y la existencia de Dios se encuentran en un estrechamiento total, ya que aquella es concebida y considerada como sinónimo de participación en el ser divino.

Otro aspecto que consideramos importante es el hecho de que la noción de la existencia por parte Gabriel Marcel está casi constantemente acompañada por el término encarnación. Y esta noción, la existencia encarnada, aparece desde el principio de sus reflexiones. Pero ¿qué significa existencia encarnada para Gabriel Marcel? Es, sobre todo, tener en cuenta la existencia asociada con la corporalidad. La conciencia de la relación del yo con el cuerpo es la situación real de la condición existencial del ser.

Hay, sin duda, un esfuerzo constante por parte de Marcel en la presentación de la estrecha relación entre el yo y el cuerpo. Podemos ver que con frecuencia el



pensador presenta esta reflexión, siempre con el cuidado de separar el carácter instrumentista que eventualmente puede ser conectado al cuerpo. A este respecto, dice:

Cuando trato de aclarar mi relación con el cuerpo, lo mismo puede aparecer como algo que tiene toda la práctica (cómo tiene aquel piano, una sierra o una navaja), pero todas estas prácticas son extensiones de la práctica inicial que se juntamente es la del cuerpo. A respecto de la práctica, no en términos de conocimiento, que concibo por relación mi cuerpo como una verdadera prioridad. Esta práctica no es posible sino por una determinada comunión. Esta comunión es insoluble, así que no puedo decir en verdad yo y mi cuerpo. Sería difícil pensar en mi relación con mi cuerpo en forma análoga como mi relación con mis instrumentos, como, de hecho, se supone (MARCEL, 1935, p. 15a).

La preocupación por la falta de disociación se debe al hecho de que Gabriel Marcel no comparte la idea de que el cuerpo simplemente pueda ser reducido a un objeto de utilidad. Este aspecto se descarta, so pena de considerarlo como algo externo y objetivo.

Debe haber intimidad entre el yo, ser existencial, y mi cuerpo que piensa. Considero que el yo no sería capaz de sentir si estuviera separado de su cuerpo, pero la sensación se da en función de esta estrecha relación. El aspecto de la subjetividad es el que asegura esto, pues la objetividad conduce nada menos que a acabar con esta intimidad del yo consigo mismo. Esto significaría la sensación de poseer un cuerpo, siempre considerado como algo extraño a sí mismo.

Por lo tanto, creemos que Marcel combate el tradicional dualismo que habla de la relación entre dos instancias siempre presentadas como independientes, el alma y el cuerpo. No hay en su pensamiento la idea de dos sustancias separadas o, si unidas, solamente por aspectos mecánicos. La condición para pensarse el

cuerpo es suprimir, en primer lugar, todas las formas de dualismo entre él y el yo. En lugar de afirmar estrechas relaciones con el cuerpo, debemos tener en cuenta, de acuerdo con el pensamiento de Marcel, una identidad perfecta y exhaustiva entre el yo y el cuerpo.

La experiencia inmediata, por lo tanto, es esta, la de una prolongación del yo, o incluso una extensión del yo en la continuidad corporal. Así, se entiende aquello que según Marcel nunca se puede dejar de tener en cuenta, la existencia encarnada, y no cabe pensar en la existencia incorpórea: esto es algo impensable y que solo podría contemplarse en un plano trascendente, en una esfera ideal. Este es el análisis fenomenológico que ocupa gran parte de las reflexiones desarrolladas por Gabriel Marcel. Hay un gran interés en el tema de la existencia encarnada, corporeidad vinculada al yo. Las relaciones entre el alma y el cuerpo se abordan en el sentido de no plantear esta cuestión como un problema a ser trabajado por la razón; se trata de un misterio que trasciende la capacidad de comprensión por parte del hombre.

Es en el campo de la experiencia existencial donde la cuestión se presenta de una manera contundente, la encarnación como un factor preponderante y fundamental. A partir de esta existencia encarnada, yo y mi cuerpo, se van a suceder las relaciones no menos importantes, a saber, con el mundo que me rodea y con los otros.

Pero la filosofía existencial de Gabriel, de la misma manera que hace un llamamiento a la existencia encarnada, lo hace también en relación con una investigación continua del ser, donde la necesidad ontológica se convierte en una exigencia. De este modo cabe preguntarse lo siguiente: ¿cuál es la relación entre el ser y el existir?

No hay, según él, manera de negar un hecho indubitable, el “yo existo”.



Pero esta constatación acerca de mi existencia tiene ciertas consecuencias, pues conduce necesariamente al ser. El existir y el ser están totalmente relacionados, porque existir es una forma de ser. Es totalmente comprensible que el hombre, ser humano, plantee interrogantes sobre el ser. Es este un problema que él ha de resolver.

Gabriel Marcel afirma que el proceso existencial requiere ontología. El pensamiento se vuelve al ser en busca de comprensión, de satisfacción de cuestiones inherentes al yo.

La filosofía existencial, de este modo, se entiende como aquello que supera la simple fenomenología para ahondar en cuestionamientos de orden ontológico: Sobre todo el ser no puede, por definición, entrar en la categoría de los simples posibles. Por un lado está fuera de la cuestión suponer en él una contradicción lógica; por el otro, no se puede tratar como simple empírico. Más que eso, no hay manera y no se puede tener la experiencia de ser, sino efectivamente tener esta experiencia como punto de partida. Ni siquiera podemos concebir que esto sería una posición más ventajosa que la nuestra y que permitiría afirmar esta nuestra experiencia, de este estado, de tal manera que existe, no nos permiten afirmar hoy. Esta situación mejor sería de aquel ser que sería visto, pero al mismo tiempo sería más allá de la declaración. La posición difundida y subsistente por los opositores de la ontología es negar que una afirmación incondicional del ser sea posible: una síntesis, a aislarse en un pluralismo relativista que los seres en registro de realidades, pero se pronuncia sobre su unidad (MARCEL, 1935, p. 37)

Pero, sin dejar de reconocer esta exigencia ontológica, Marcel aborda más el ser. Hace un verdadero análisis fenomenológico del tener. Es preciso comprender que el tener, así como el hacer, requiere nociones completamente

diferentes que el ser. Gabriel Marcel habla de una primera forma de tener, calificada como tener posesivo, como la posesión de las cosas externas, los objetos considerados como pertenencias y a veces vistos incluso como extensiones del propio yo.

Gabriel Marcel admite otras formas de tener, calificándolas como "tener para sí", que se pueden ejemplificar, según él, con la posesión de un secreto o incluso de ideas propias. Con respecto a estas formas de tener, afirma que implican una forma de tensión o dialéctica de la interioridad.

Pero el tener es siempre algo que atinge al sujeto, en la medida que lo afecta, modificándolo. Marcel señala el peligro de lo que considera la alienación del sujeto en relación con la posesión, sobre todo en el campo ideológico, donde existe la posibilidad de llegar a ser esclavizados por la ideología. En el momento en que el sujeto selecciona y estandariza ciertas ideas, dejando de abrir un espacio para el intercambio, el diálogo y la discusión, se produce la alienación del sujeto. Y esta es la situación señalada por Gabriel como la del condicionamiento del sujeto.

La reflexión señala hacia lo que él considera un problema, esto es, cuando el ser se pierde en el tener. Considera esta situación como degradante y desintegradora, pues el ser pierde por completo su identidad como ser y comienza a asumir su anulación.

Esta situación aniquiladora requiere un rescate, de acuerdo con Gabriel Marcel, y este proceso implica necesariamente la inclusión del amor. Este pensador reclama que, desde el punto de vista metafísico, puede haber todo un procedimiento dialéctico con miras a la participación del ser de manera ascendente hacia el Absoluto. Sin embargo, respecto a la posibilidad de conocimiento de la existencia del mundo, Gabriel Marcel está en total



desacuerdo con la opinión de que este tipo de conocimiento puede ocurrir según los moldes de la objetividad cognitiva, de acuerdo con los idealistas. El proceso cognitivo que culmina en el conocimiento de la existencia del mundo y de los otros se produce a través de la experiencia del propio cuerpo:

Creo que esta posición debe ser refutada radicalmente. Si admito que otros no lo son sino mi pensamiento acerca de los demás, mis ideas de los demás, se convierte absolutamente en rompimiento de un círculo que empieza a dibujar alrededor de sí mismos. Si se pone el primado sujeto-objeto, de la categoría de sujeto-objeto, o del acto por el cual el sujeto pone objetos en cierto modo a sí mismo, la existencia del otro se convierte en impensable, y sin duda alguna no importa cual existencia pueda ser” (MARCEL, 1935, p. 152).

Esta metafísica existencial, que sugiere la superación de la oposición entre sujeto y objeto, afirma, por lo tanto, que la existencia de los otros y de las cosas es posible a través de la experiencia metafísica.

¿Dónde está el fundamento de este conocimiento? Para Gabriel Marcel, la experiencia sensible del cuerpo fundamenta este tipo de conocimiento, considerando el cuerpo no desde la perspectiva de la instrumentalidad y la utilidad, visto solamente como un instrumento o una herramienta. Hay por parte de este pensador una concepción que trasciende este concepto, ya que el cuerpo se interpreta como mediación universal entre el yo y el mundo.

Marcel le da una importancia capital al cuerpo, sacándolo de la mera condición de instrumento y elevándolo a medio a través del cual ocurre la inserción de la existencia del ser en el mundo, o incluso como un aspecto

fundamental en relación con las demás cosas que rodean el ser.

La relación de esta reflexión de Gabriel con la cuestión del otro es que la idea del cuerpo como una presencia en el mundo tiene repercusiones en lo que respecta a la existencia de los otros, en tanto que personas que deben ser reconocidas, lo que se proporciona a través de la experiencia existencial de la encarnación.

Marcel enfatiza la necesidad de reconocer al otro, lo que se traducirá en una apertura del yo al diálogo. El otro no es el desconocido que se encuentra accidentalmente. Es, como dice Marcel, compañero en el sentido de aquel que comparte la misma experiencia, vive la misma situación y se encuentra en una situación semejante. Y este es el motivo central apuntado por él para fundamentar la necesidad del diálogo, de la comunicación entre el yo y el tú. De este modo, existe una interdependencia, es decir, una vinculación de mi existencia con la existencia del otro.

En relación con Gabriel Marcel, la posición de Henri Bergson es la de que el hombre moderno se descubre a sí mismo con un nuevo aspecto en comparación con sus predecesores, no solo por haberse transformado en profundidad, sino también por conocer de manera diferente, y tal vez mejor, en comparación con aquellos. Este conocimiento renovado ayuda a fortalecer y orientar las transformaciones que se hacen necesarias.

En este sentido, algunas ideas que el hombre tiene de sí mismo se consideran extremadamente antiguas. Gracias, sin embargo, a la aparición de las ciencias humanas, muchas de estas ideas fundamentales han sido sustituidas. Hay que afirmar, por ejemplo, la unidad del individuo y su singularidad, ya que ningún ser humano es exactamente igual a otro. Hay similitudes, a menudo sorprendentes; pero también muchas diferencias, siempre más profundas e



inescrutables. Cada uno tiene su propia función y sus problemas. Además de su propia soledad ontológica que se experimenta incluso en la comunión más íntima. Quien no respetase esta singularidad, asfixiaría al otro.

Cada hombre es un sí mismo irreductiblemente; en la medida en que lo es, podrá encontrarse con otros y establecer con él los lazos que más necesita. La intersubjetividad es uno de los rasgos esenciales del hombre. Nos construimos a través de las relaciones con los otros, desde la primera infancia, tanto en la discordia como en la amistad. El hecho es que la negativa para estar con el otro implica un aprisionamiento.

Bergson también considera el carácter humano de la persona. Nos consta que desde los primeros momentos de la existencia hasta el momento supremo de la muerte, el hombre está en transformación y en cambio constantes. Es un hecho que la vida es una historia verdaderamente apasionante, donde cada instante existencial coincide con un nuevo descubrimiento.

Tales afirmaciones son de suma importancia para orientar la educación y la disciplina del hombre contemporáneo. Están en la base de la moral abierta, de la responsabilidad, sobre todo por tener en cuenta el carácter dinámico y evolutivo de la vida: Al estar el hombre contemporáneo en transformación mediante la adquisición del nuevo conocimiento que adquiere sobre sí mismo, es responsable directo del considerable cambio en sus condiciones de vida, condiciones que él mismo provoca.

En relación con el tipo de progreso que se puede definir, en el sentido verdadero y propio, como progreso humano, a partir de esta dinámica, se habla del progreso en dirección al hombre, algo constantemente enfatizado por Bergson.

Ahora bien, según Bergson, el hombre vive en esta sucesión temporal, lo

que le permite volver al pasado y predecir el futuro. Lo que significa, sobre todo, que el hombre, sobre la base de su autocomprensión y de la experiencia del pasado y del presente, puede y debe proyectar el futuro como futuro auténticamente humano. También significa que aquello que es dado es también aquello que está sujeto siempre al progreso. Bergson, sin embargo, advierte que el progreso que se realiza en oposición a un auténtico orden moral, no es en absoluto un progreso.

Con el objetivo de la viabilidad de esta empresa moral, Bergson advierte que, como seres históricos, no podemos actuar de forma estática; tenemos que diseñar el futuro continuamente: el próximo instante, el día siguiente, los años futuros, el futuro de la humanidad que sobrevivirá, según sus palabras:

Pero para actuar sobre lo real, y en particular para llevar a cabo el trabajo de fabricación que es el objeto propio de la inteligencia humana, deben ser fijados por el pensamiento ciertas pausas, y es de esperar unos momentos retrasan o reposo relativo a su fin móvil. Pero estas pausas, que son solo accidentes de movimiento y que se reducen, por otra parte, las puras apariencias, estas cualidades no son más que fotográficos instantáneos tomados de la transformación, se convierten a nuestros ojos lo verdadero y lo esencial, precisamente porque son la relevante para nuestra acción sobre las cosas. Así es que el reposo se convierte para nosotros anterior y superior al movimiento, lo cual no pasaría de una agitación con el fin de alcanzarlo. La inmutabilidad estaría arriba de la mutabilidad que solo sería una deficiencia, un fracaso, una búsqueda de la forma definitiva. Por otra parte, es esta separación entre el punto donde la cosa está y el que debería estar, o querría estar, que se configurará e incluso medirá el movimiento y el cambio (BERGSON, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, 1991, p. 1182).

Insiste en la necesidad de considerar siempre la expresión del propio yo, del mundo humano y de la tierra al servicio del hombre, como la tarea humana más



específica. La actuación en el proyecto humano, esto es, el comportamiento según el conocimiento moral adquirido sobre lo que se ha hecho, conduce a la experiencia que puede hacer posibles y necesarias nuevas reflexiones, nuevos conocimientos y nuevas empresas. Como ser histórico, el hombre debe preocuparse constantemente por el futuro, reflexionando sobre el progreso. Si entendemos la moral dinámicamente como una invitación a vivir como hombres, es evidente que su cumplimiento requiere siempre que nosotros actuemos. He ahí el reto de arrancarle al mundo sus secretos y sus posibilidades, librarlo de su fijeza y de su pura facticidad. Dotarlo de una perspectiva. La tarea del hombre no consiste simplemente en defender los datos de hecho, lo que está ahí. La meta política de la sociedad humana no es la situación y el orden existentes, sino una estructuración siempre mejor:

Al profundizar ese aspecto nuevo de la moral, se debería encontrar en él la sensación de una coincidencia real o ilusoria, con el esfuerzo generador de la vida. Desde el exterior, el trabajo de la vida se presta, en cada una de sus obras, a un análisis que se extendería hasta el infinito; nunca habrá terminado la descripción de la estructura de un ojo como el nuestro. Pero lo que llamamos un conjunto de medios empleados, en realidad, no significa más que una serie de obstáculos derribados; el acto de la naturaleza es simple, y la infinita complejidad del mecanismo parece haber construido pieza por pieza para obtener la visión que no pasa la intersección de antagonismos interminables que minaron entre sí para permitir el ejercicio de la función indivisible. Al igual que la mano invisible que se pondría en limaduras de hierro y cuyo acto simple se parezca, teniendo en cuenta solo a lo que es visto como una interminable serie de acciones y reacciones que partículas de limadura ejercen entre sí para mutuamente se equilibraren (BERGSON, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, p. 1020).

Considera que sería ilegítimo, y por lo tanto inmoral, que el hombre quisiera comportarse con indiferencia en relación con el progreso de la realidad

humana. Más bien al contrario, sugiere la preocupación por parte del hombre como un progreso de hecho. Con esto queda dicho que el progreso debe ser siempre humano y nunca convertirse en falta de humanidad. Cuando habla de progreso, Bergson se refiere, en última instancia, al desarrollo del hombre como sociedad humana.

Los grandes líderes de la humanidad, que obligaron a los límites de la comunidad, parecen haber sido puestos de nuevo en el sentido del impulso vital. Pero ese impulso propio de la vida terminó con ella. A lo largo de su curso se encuentra con obstáculos, y las especies surgidas sucesivamente son el resultado de esta fuerza y las fuerzas de oposición; aquella que empujan hacia adelante; estas requieren que el regreso. El hombre, al salir de las manos de la naturaleza, debía ser inteligente y sociable, siendo, su sociabilidad, calculada para culminar en pequeñas sociedades, y la inteligencia diseñado para fomentar la vida individual y la vida del grupo. Pero la inteligencia, dilatándose por su propio esfuerzo, tuvo un desarrollo inesperado. Ella eximió a los hombres de las servidumbres que fueron condenadas por las limitaciones de su naturaleza (BERGSON, *Las dos fuentes de la moral y la religión*, p. 1023).

El mundo solo tiene sentido a la luz de esta moral, en relación con el hombre, como mundo del hombre.

La exacta comprensión del progreso y su valoración moral dependen en gran medida de la exacta comprensión de los conceptos y los principios morales. Bergson considera de vital importancia saber si de hecho se trata de una concepción preferentemente estática o de una concepción auténticamente dinámica. Solo la superación de un pensamiento unilateralmente estático y la consiguiente capacidad para un pensamiento dinámico en el ámbito de la moral y la política abren el camino a la comprensión moral del progreso humano.



Conclusión

La historia actual se caracteriza por la prodigiosa aceleración del progreso, que alcanza a las raíces del hombre. A la vista de esta transformación, es posible observar algunos tipos de conductas que, en nuestra opinión, ponen de relieve la pertinencia y la actualidad de la reflexión filosófica de Gabriel Marcel y Henri Bergson.

Cabe identificar un comportamiento marcado por la intolerancia, y, contra este sentimiento, la reflexión de Gabriel Marcel y de Henri Bergson sugiere un comportamiento en el que el hombre contemporáneo pueda entender que la verdad se conquista cada día. Sugiere la búsqueda valiente y paciente de la verdad, consciente de sus límites, respetuosa con la libertad ajena, persuadida de la necesidad de diálogo. Sugiere, en especial, que el hombre debe estar preparado para hacer frente a estas dificultades y, en medio de ellas, encontrar soluciones.

Cuanto más numerosa y compleja que sea la comunidad y, por eso mismo, más rica en potencialidades de todo tipo, más necesita una organización. Para ello, es necesario reemplazar las estructuras estáticas por estructuras evolutivas dotadas de mecanismos que permitan la adaptación constante a las nuevas necesidades. Debe evitar toda rigidez, ya que es una construcción provisional. De lo contrario, el dinamismo de la vida se encargará de vencer al desfasado. Entendemos, por lo tanto, por moral evolutiva, la actitud de no tratar de pensar o hacer algo preestablecido, sino de inventar, conforme a la dignidad del hombre, la norma de un mundo en constante transformación.

La reflexión ética presentada por Gabriel Marcel y Henri Bergson culmina en la sugerencia de una relación estrecha entre el yo y el tú. Se refiere a una

comunión ontológica, cuyo fundamento radica en la presencia del otro no en sentido objetivo. Ambos reconocen la experiencia del ser en el mundo acompañada de otra experiencia, la de la comunicación con el otro en el mundo. Se trata de una propuesta humanista y desafiante en el sentido de que, dentro de una situación casi totalmente desfavorable, el yo es llamado, no por vía racional, sino por su presencia misma, a crear esta comunión ontológica y personal.

BIBLIOGRAFÍA

BERGSON, Henri. *As duas fontes da moral e da religião*. [Trad.: Nathanael C. Caixeiro] Rio de Janeiro: Zahar, 1978.

_____. *Cartas a William James*. [Trad. Franklin Leopoldo e Silva]. São Paulo: Nova Cultural, 1974. [Coleção Os Pensadores].

_____. *Durée et simultanéité*. In: *Mélanges*. Paris: PUF, 1972.

_____. *Ensaio sobre os dados imediatos da consciência*. [Trad.: João da Silva Gama] Lisboa: Edições 70, 1988.

_____. *Evolução Criadora*. [Trad.: Pedro Elói Duarte] Lisboa: Edições 70, 1941.

_____. *Matéria e Memória*. [Trad.: Paulo Neves] São Paulo: Martins Fontes, 1999.

MARCEL, Gabriel. *Être et avoir*. Paris: Éditions Moutaigne, 1935.

_____. *Revolução da esperança*. Paris: Pensamento Moral em Ação, 1958.

_____. *Um homem de Deus*. [trad. Eduardo de Castro]. Petrópolis: Vozes, 1964

_____. *Filosofia Concreta*. [trad. Alberto Gil Novales]. Madrid: Ediciones Castilla, 1959.

SILVA, Adelmo José. *A relação entre a moral e o misticismo em Henri Bergson*. Tesis de doctorado en Filosofía. Director: Prof. Ricardo Vélez Rodrigues (Rio de Janeiro: Universidad Gama Filho, 2001).